

MI mamá trajo pollo frito después del trabajo, repicó su tenedor contra el vaso (de las aguas negras salieron burbujas desesperadas por estallar fuera de la melaza oscura) y le anunció a mi papá que si no se iba de la casa se iba a terminar matando como su hermano. La amenaza se tomó tan en serio no por la manera en que lo hizo, sino por lo reciente que había sido el caso de mi tío. El tipo se hartó de que su esposa lo humillara, tratándolo como a un perro amaestrado. Al parecer, lo usó como un chiste en cierta fiesta y desde entonces no lo dejó en paz, llamándolo con chasquidos de lengua, tirándole las llaves y ordenando *go fetch!*, ¡úscale! Se sentó con un saco de sal en la cocina y fue consumiéndola con una cuchara y no paró hasta que se le fueron secando las vísceras, y dicen que mi tía política, aun a estas alturas, lo seguía llamando Rex, firulais, zaguante y no paró hasta cuando quedó momificado a la silla.

Mi mamá se dirigió hacia mí, me explicó que podría visitar a mi papá cuando se estabilizara con un apartamento y una novia regular.

—Si querés —añadió.

Yo respondí que lo pensaría. Papá no dijo nada.

Se resolvió que me mantuviera alejado del divorcio, más con las posibilidades tan grandes de suicidio después de que mi papá hiciera una amenaza similar en privado. Así que terminé en la casa de mi abuela materna, que vivía en una estructura de ladrillo de tejar a la que sólo había ido un par de veces en mi infancia, en barrio Roma de Mata Redonda.

Cuando íbamos de camino hacia el sur, dejando las llanuras, los pozos de aguas termales, mi mamá dijo que era bueno que me acostumbrara, en todo caso, a vivir en el Valle Central porque en unos meses iba a empezar la universidad. Después añadió que las piedras acostadas en las praderas le parecían ángeles de tierra o gigantes ahogados y supinos. Yo no vi nada de eso. Nunca logré percibir esas invenciones de mi mamá, esa cosa encima de la otra; el mundo no me parece mágico. Sólo pensé en esos cadáveres resecos, enormes, como momias de mineral, y en mi tío, conservado en sal, que es una exageración, también. Dormí un poco hasta que unas pinzas de cobalto se empezaron a encarnar en mis costillas; me estoy muriendo, pensé, entonces reconocí las uñas de soltera de mi mamá anunciando que habíamos llegado al destino y que quería mostrarme el lago del Parque Metropolitano La Sabana.

—Es una lástima que esté seco —dijo—, pero por lo menos podemos ver a ese pato muerto.

En efecto, había un pájaro malherido de deshidratación en el centro del páramo, lo que mi mamá, con instinto pagano que traía el cuarto de su sangre genovesa, concibió como buen augurio para mi llegada, que en todo caso tal vez se extendiera para siempre apenas empezara mi primer semestre en el mundo deslucido de la administración aduanera.

Seguimos andando a una velocidad rectilínea por una alameda marchita, paralela al óxido de la ferrovía a la izquierda y del otro lado los vitrales de farmacias, anuncios impresos en rojos y amarillos de hamburguesas dos por uno, combos de pupusas, hasta dar vuelta en una heladería esquinera y adentrarnos en una calle de barrio muerto, que terminó en una rotonda y, como los náufragos, dimos dos vueltas en u porque la fachada de ladrillo se nos había escondido entre tanta madera recubierta.

—No recuerdo mi propia infancia —dijo, parqueando de una forma que nunca había utilizado, lento, comprimiendo hasta que el carro se sacudió igual que una canoa y se sumergió en un silencio absoluto de dársena.

Cuando nos colocamos enfrente de la puerta, tiosos como posando para una fotografía victoriana, no sentí ninguna impresión mientras nos recibía el gato con una mancha color del sésamo, ni la llanta en medio del zacatal donde crecía romero orgánico, ni que el segundo marido de mi abuela nos saludara con la

formalidad de un consulado, ni las *National Geographic* (1987-2005) que iba a revisar por tanto tiempo, ni los peces de cerámica apilados.

No, lo que me impresionó fue ver a mi abuela agarrándose de la baranda (no deslizándose en ella), sosteniendo con toda su voluntad al mismo tiempo que le gritaba a mi mamá que se estaba arruinando la vida. Nada tenían que ver esos ladridos con la chaqueta salmón pálido, la blusilla con gotas doradas y la delgadez extrema (que no le apaciguaba en su debilidad) con la rabia del alma.

—Por favor, Eulalia, tranquila. —Hasta ahora Jacobo se había mantenido en un margen flemático—. Te vas a caer y romper la clavícula como en esa pesadilla que tuve.

La sala terminaba en una cocina con vitrales amartillados y una sola ventana transparente por donde entraba un sol como limonada anieblada entre pilas de róbalos, atunes y rodaballos petrificados que dejaba expuestos al ojo desnudo los hilos de telarañas abandonados y las pelusas que flotaban en el aire espeso de coloide. Mi mamá opinó que era una vieja ingrata, no sabía los años que había sufrido (otra de sus exageraciones).

—Tengo demasiado. —Mostró su anillo de segundas nupcias—. Y le alquilo una de las habitaciones a un estudiante, por dios, ¡los impuestos son tan altos aquí! Si supieras...